

Retornos

La fantasía

Llevo casi seis años en España, he terminado los estudios que he venido a cursar, debería irme ¡YA! Pero lo pospongo seis meses más, tres, dos, uno...

Aunque lo parezca, tampoco es una decisión cien por ciento mía porque ahora que ya no soy estudiante, ¿cómo me justifico ante extranjería? ¿Puedo coger cita para explicarles que me siento muy feliz aquí y prometerles que no voy a suponer una carga para el país?

Frente a la partida, frente al retorno, frente a la inminente despedida hay una fantasía que me persigue. En ella puedo encapsular Zaragoza y llevármela conmigo a la Ciudad de México, para abrazarla, saborearla y habitarla cuando esté cansada de la inmensidad, del aire contaminado o del desasosiego que sentimos muchas mujeres en las grandes ciudades latinoamericanas.

Me imagino una especie de Aleph, como el que Borges encuentra bajo unas escaleras... una canica en la que puedo meterme a mí y a otras personas para que vean los atardeceres rojos sobre el Ebro, para que respiren el aire que baja de los Pirineos y para que vivan Zaragoza como yo la he vivido.

La llegada

Por supuesto que cuando llegué las cosas no fueron fáciles. Creo que Zaragoza es una ciudad a la que se le va teniendo cariño poco a poco. Tiene un tiempo adverso, en invierno el Cierzo se cuela por la ropa, alborota el cabello y obliga a entornar los ojos e inclinarse al caminar; vamos con la apariencia revuelta y la mirada

sospechosa. Pero luego, en verano, te aplasta el abrumador clima semiárido. Con razón dicen que, en esta ciudad, *cuando no es invierno es infierno*.

Llegué sola, sin conocer a nadie. A veces, al despertar creía que la partida había sido un sueño y que en realidad no había migrado. Que no había salido del cobijo de lo familiar y seguía en México, me levantaría e iría al mercado a desayunar chilaquiles o tamales. En esas primeras mañanas zaragozanas la realidad caía de golpe y el frío de enero se me metía adentro, haciéndome tiritar el día entero.

Me cansaba el silencio, ¡qué poco hablaba! Y cuando lo hacía no encontraba las palabras o el ánimo correcto para charlar. Es extraño el esfuerzo que puede suponer hablar en el mismo idioma, pero es que la gente me parecía borde y cortante. Ahora a mis amigos maños suelo hacerles una broma: si le hablas primero a un aragonés y no te conoce, te mira mal; pero si lo haces una segunda vez, te cuenta su vida.

Resulta curioso que a la par de esas primeras mañanas frías, también había ilusión por vivir fuera del país donde nací y de lo que supondría para mi carrera académica tener un doctorado en el extranjero. Pensaba en los privilegios que da el ascenso académico: una posición como investigadora y un sueldo más alto. Entonces tenía la certeza de que acabaría el doctorado en tres años y volvería, para cumplir así el compromiso firmado con la universidad mexicana que me había dado la beca, y en la que había estado trabajando con una plaza fija por cerca de diez años.

Ahora puedo ver con claridad lo pretencioso e ingenuo de esos primeros años. Pero es que el retorno era tan claro... Se sostenía en ese *curro* asegurado como funcionaria y en mi gratitud por las instituciones públicas mexicanas. Y porque soy quien soy gracias a ellas.

La identidad trastocada

Estando fuera del país de nacimiento mi identidad se desdibujó. En México yo era bibliotecaria y docente en una universidad. Al llegar a España, adquirí la identidad de extranjera y migrante. Muy privilegiada, sin duda, pero migrante al fin. Identidad compuesta muchas veces por una amalgama de prejuicios, recelos e indiferencia, porque aquí yo no era ninguna de aquellas dos cosas, sino otra latinoamericana que no se sabe muy bien a qué ha venido.

Recuerdo a la mujer mayor que ayudé a hacer la compra en el confinamiento durante el estado de emergencia. El ayuntamiento puso en marcha un programa en el que las personas se inscribían como voluntarias para *echar un cable* a los mayores que vivían solos. Me pareció que una iniciativa basada en la confianza y solidaridad debía respaldarse con participación. Me pusieron en contacto con una mujer que vivía a unos portales del mío; ella me daba su lista de la compra con el carrito y yo iba al supermercado. Poco a poco, fuimos charlando más; sobre todo, me compartía recetas de cocina cuando le preguntaba qué hacía con ciertos ingredientes. Era muy graciosa, nos reíamos bajo la mascarilla. Tras varias idas al supermercado y a mitad de una risa un pensamiento la interrumpió y me preguntó, “¿tú vas de piso en piso limpiando?”. Me miré, volteeé los ojos hacia mí y le respondí que no, que solamente estudiaba. Al poco acabó el confinamiento.

No estoy llena de anécdotas como esta. He llegado a una España muy diversa, donde los inmigrantes ocupan diferentes espacios. Aún así, la inmigración siempre es discutida y cuestionada, sobre todo si tiende a lo irregular. Además, ahora creo que a la par del doctorado debería haber cursado un grado medio de asistente sociosanitario y buscarme un *curro* de eso. Ese camino me parece más real que llegar a trabajar algún día en una universidad, aun teniendo el doctorado.

En mi familia hay trabajadoras del hogar. Mi prima, de 19 años, sin la secundaria y con un hijo pequeño, en una ocasión me preguntó si allá donde yo estaba había

trabajo para limpiar casas; enmudecí. La desigualdad de México está presente dentro de las mismas familias. La única diferencia entre mi prima y yo es que mi madre con doce años emigró de su pueblo mazahua a la Ciudad de México. Fue a la casa de unos tíos, donde junto a otros niños se encargaba de la limpieza quizá a cambio de alojamiento y de poder ir a la escuela. Así que, a diferencia de mi prima, yo soy hija de una niña migrante que partió de lo rural a lo urbano.

Me doy cuenta que en la fantasía de encapsular Zaragoza no hago otra cosa que encapsular mi propia experiencia. Porque en España yo nunca he trabajado, a diferencia de muchas otras mujeres latinoamericanas que han venido vendiendo sus cuidados, mientras dejaban a sus hijos a miles de kilómetros. Y esto lo sabía muy bien aquella mujer mayor que era mi vecina.

El desarraigo

Estando en Zaragoza siento que puedo vivir cien años; que mi vida, como ocurre con la de muchas otras personas, puede alargarse. Tiene sentido que este país tenga una de las esperanzas de vida más altas del mundo, con su sistema de salud público, su universidad popular y de la experiencia, sus centros cívicos y deportivos, sus bibliotecas de barrio, casas de juventud... Todos ellos espacios públicos y comunitarios, que alejan del consumo. El bienestar de otros aumenta mi esperanza de vida, porque la vida se ama más cuando se ve al resto disfrutar de ella.

Quizá uno de los momentos más duros de mis años en España fue cuando a la hermana de mi novio le hicieron un trasplante de corazón. Y entonces vi ponerse en funcionamiento esa sanidad que es un orgullo español. Ella nació con una cardiopatía congénita; si se nace con algo así, mejor que sea en un país con sanidad pública y con la tasa más alta de donación de órganos de todo el mundo.

Cuando alguien de México me pregunta qué echaría de menos de España si vuelvo, pienso en primer lugar en quienes son ahora mi familia; sobre todo, en mi novio con

quien llevo cinco años. E inmediatamente después pienso en lo cotidiano, porque el tesoro está en lo cotidiano, en lo que soporta las pequeñas cosas: sacar la basura a los contenedores a cualquier hora, el agua potable que sale nada más abrir el grifo en casa, echar a andar e ir a cualquier sitio sin tomar ninguna precaución por tener un temor arraigado.

Recuerdo que solía pensar que las mujeres españolas eran bellísimas, luego entendí que la belleza está en su libertad. En no tener miedo de ir solas a donde les apetezca, evadiendo con fuerza el machismo que siempre intenta aprisionar. Y sin el peso de las cifras de feminicidios.

Hace poco, mientras veía a unos críos ir solos por las calles con sus mochilas y sus instrumentos de música, recordé la primera vez que se me despertó el miedo. Mi hermano era muy pequeño, tenía entre cinco y seis años, y yo doce o trece. Lo llevaba cogido de la mano, íbamos brincando juntos a comprar zumo de naranja que vendían a unas calles de casa. Mientras lo bebíamos de vuelta, un hombre que caminaba detrás nuestro y a quien veía por el rabillo del ojo, nos dijo mientras se acercaba, “sigan caminando y no volteen o me los chingo”. El estómago me dolió. Apreté la mano de mi hermano y lo pegué a mi cuerpo. Seguimos caminando varios metros, mientras él se acercaba cada vez más. Al llegar a una esquina pasó un hombre en una bicicleta que me pareció conocido y le grité, “tío, tío, tíoooo”. Entonces se detuvo y el otro rápidamente siguió de largo.

No siempre es fácil transmitir a mi familia mexicana el cariño que tengo por los dos países, especialmente por los antecedentes colonialistas de España que les generan animadversión, porque allá a veces tienen mucho eco las posturas ultranacionalistas. Una vez, hablando con un amigo, me soltó antes de colgar: “a diferencia de tí a mí sí me gusta México”. Y yo pensé, ¿pero qué es México?

México es mi abuela Pina cantando en mazahua mizhikjimi, mientras se teje con dos listones colorados sus trenzas.

Es el cielo del pueblo donde creció mi madre, inmenso y cargado de nubes que me hicieron imaginar.

Es la belleza de las facciones indígenas.

Es mi madre y todas las madres solteras que junto a sus hijos viven la ausencia de los padres.

Son las mujeres que palmean con sus manos las tortillas con las que dan de comer a su familia.

Son mis amigas que ríen, bailan y sienten conmigo.

Es el día de muertos y los altares en las casas que les esperan con ilusión.

Son las mujeres que, indignadas y dolientes, marchan, gritan y rompen la ciudad que las amenaza y asesina.

Es el picante que cubre lo dulce y salado.

Es sus volcanes nuevos y viejos, los mares turquesa y los cenotes, abismos fuentes de vida.

Pero México también es:

Mis recuerdos de la adolescencia siendo manoseada en el transporte público, por hombres camuflados en la multitud de un país con 136 millones de habitantes.

Son los 95 mil niños que habitan sus calles, ajenos a los cuidados más tiernos.

Son las 92 mil personas en sus cárceles, privadas de libertad sin una sentencia condenatoria.

Son las más de 100 mil personas desaparecidas, buscadas en fosas clandestinas por sus madres, con palas y picos.

Son los 37 mil cuerpos sin identificar, que permanecen dormidos, sin descanso y sin altar.

Son los 3 mil niños reclutados por el crimen organizado que asesinan prematuramente su infancia.

Es el asesinato y la censura de periodistas, blancos letales obligados a callar o a emigrar.

Son los 29 millones de perros y gatos callejeros, abandonados y olvidados.

México es los mares turquesa, los cielos azules y las cifras que no parecen tener fin.

¿La vuelta?

De mi familia soy la única que salió del país, y lo hice con la promesa de volver. Ahora, soy la única que tiene un doctorado; mi madre tiene estudios de secundaria y mi abuela Pina no aprendió a leer ni a escribir. Ella sabía otras cosas: ver el cielo, escuchar la lluvia sobre la milpa de maíz y contar historias.

Al poco tiempo de irme de México, mi hermano pequeño encontró un trabajo en la región más alejada del centro del país, en la frontera con Estados Unidos, una zona hostil con quienes migran. Quizá como a él le pasó cuando yo me fui, mi corazón se mantiene en vilo. Estos años la distancia se ha hecho cada vez más grande, ahora, además del trabajo, tiene una pareja, una casa y un perro; él no volverá. Y yo tampoco sé si debería: porque no vuelvo a la misma ciudad, ni a los mismos afectos; han muerto familiares queridos, se han perdido amistades y contactos profesionales.

A unos meses del posible regreso, prolifera la culpa y el dolor que supone dejar a mi novio. A veces siento que no debió estar todos estos años conmigo, que no debió abrirle su espacio y mucho menos su vida a una inmigrante que tendría que volver a su país y malgastar, como les llaman algunos, los mejores años de su vida. Bueno, realmente no es así, pero para creerlo con convicción tengo que convencerme de ello todo el rato y decirme que cada etapa de la vida da y arrebatada por igual. Tendré que dejarlo encomendado a la Virgen del Pilar y al estado de bienestar.

Todos los días duermo y despierto con lo mismo, sintiendo cada vez más cerca la vuelta y la ruptura. A veces, lo condiciona todo; me entrego a una rumiación profunda que dejo que se apodere de mí y veo inútil hacer nuevas amistades, participar de proyectos... Me paraliza. Se me hace un nudo en la tripa, la indecisión me arrebató el presente y no estoy ni en México ni en España. Es verdad que, aunque tiene la capacidad de quitarme vitalidad, también me la inyecta. Me hace mirar el cielo, sentir el cierzo... querida Zaragoza, te estoy dejando y es cuando más te veo.

Por ahora sigo preguntándome ¿qué hacer? ¿volver o no? Quizá ¿ir y luego volver? No sé, porque no solamente me espera el trabajo; me espera la madre, no patria, sino *la máma*.